

# el rincón de la engañamia

# Intelectuales... poder... y cultura nacional\*

**GONZALO SÁNCHEZ GÓMEZ**

Los intelectuales constituyen una categoría social de difícil precisión. Seymour Martin Lipset intenta algún tipo de agrupamiento<sup>1</sup> y considera intelectuales a los creadores, intérpretes y distribuidores de cultura, es decir a los articuladores del mundo simbólico del hombre. No obstante, la heterogeneidad manifiesta los asemeja en realidad a una corporación o a una federación de productores culturales.

Pero más allá de cualquier definición, el tema de los intelectuales es un tema esencialmente político. De hecho, su instauración como categoría analíti-

ca y como actor colectivo está asociada precisamente a un Manifiesto fundador y de ruptura, dirigido a la opinión pública francesa en los albores del prolongado "affaire Dreyfus" (1894-1914). Se trata, como se recordará, del famoso Manifiesto de Emilio Zolá (1898) "Yo Acuso...", publicado en el periódico *L'Aurore*, seguido inmediatamente de una adhesión colectiva, el *Manifiesto de los Intelectuales*, que incluía entre sus signatarios a artistas, escritores y maestros, convencidos todos ellos de la inocencia del oficial francés de origen judío, Dreyfus, acusado de

GONZALO SÁNCHEZ GÓMEZ  
Historiador y politólogo, profesor del Instituto de Estudios Políticos y Relaciones Internacionales de la Universidad Nacional de Colombia

<sup>1</sup> Una primera versión de este trabajo se discutió en el Primer Coloquio Franco-Colombiano de Ciencias Sociales, ENLACES (RED CALDAS), realizado en París, mayo de 1994. Tengo una gran deuda con el área de trabajo "Cultura Política" del IEPRI, y muy especialmente con Francisco Gutiérrez, Mario Aguilera y Carlos Mario Perea por los enriquecedores comentarios que me hicieron en la reunión de septiembre 1997.

<sup>2</sup> Seymour Martin Lipset, *El Hombre Político. Las bases sociales de la política*, Editorial Tecnos-Rei, Buenos Aires, Argentina, 1981, p. 272.

espionaje. El Manifiesto tomaba partido por Dreyfus, frente a quienes invocando la razón de Estado se negaban a reconocer el error judicial y sus consecuencias.

Fue, pues, un debate decisivo en la lucha por la democracia el que constituyó a los intelectuales como "hombres públicos", como actor colectivo que se expresa no sólo a través de la escritura y la representación, sino a través de la movilización. Por primera vez en aquella fecha y a raíz de aquel episodio, hombres de letras, científicos e ideólogos, hablaron en representación de heterogéneas fuerzas sociales y de valores históricos de la cultura occidental, como los derechos del hombre, la verdad y la democracia.

En Alemania, el término tiene igualmente sabor moderno. Se institucionalizó al despuntar el siglo XX, en un congreso celebrado en Dresden en 1903 y a raíz de un agudo debate, también político, sobre el papel de los académicos en el seno del Partido Obrero Socialdemócrata. Su sentido de identidad y pertenencia se desarrolló tan rápidamente que por los días de la Revolución rusa de Octubre y de la República de Weimar circuló en Alemania la idea de crear un *soviet* de intelectuales, un "Consejo de los Trabajadores Intelectuales", con un programa propio<sup>2</sup>.

Independientemente, entonces, de cualquier definición normativa o

sociológica que se adopte, tres serían, de acuerdo con lo anterior, los elementos constitutivos de la relación originaria: la interpellación a la opinión pública, el distanciamiento o ruptura frente al poder estatal, y el recurso a la acción colectiva, todo ello con el propósito bien definido de restablecer la justicia quebrantada, por encima de cualquiera otra consideración<sup>3</sup>.

En Europa, de otro lado, el protagonismo del intelectual comprometido de los años cincuenta y sesenta (*à la Sartre, Marcuse o Franz Fanon*) ha entrado en crisis. Ese ideal originario de intelectual comprometido (con la revolución, con los "condenados de la tierra") ha quedado atrapado por las incertidumbres de la llamada sociedad postmoderna, que se expresa a la vez como crisis de las utopías y como crisis de los modelos interpretativos holísticos, que habían dominado al pensamiento occidental desde la Ilustración. Las perspectivas globales parecerían refractarse en múltiples visiones parciales.

Recientemente el sociólogo francés Pierre Bourdieu, uno de los vicepresidentes del llamado Parlamento Internacional de Escritores, advertía cómo en el pasado próximo la intervención colectiva de los intelectuales había tenido muchas veces el sabor a población religiosa, o la simple abdicación de las exigencias propias de la vida intelectual. En contraste con ello, hoy

<sup>(2)</sup> Anthony Phelan, *El Dilema de Weimar. Los intelectuales en la República de Weimar*, Ediciones Alfons el Magnánim, Valencia, España, 1990, p. 40.

<sup>(3)</sup> Para una genealogía del concepto, véase especialmente: Christophe Charle, *Naissance des "intelectuels" 1880-1900*, Editions de Minuit, París, 1990; y Humberto Quiceno, *Los intelectuales y el saber*, Centro Editorial Universidad del Valle, Cali, Colombia, 1993, especialmente pp. 9-16.

# el rincón de la engamia

tiende a reinstalarse más bien la visión weberiana de separación de las esferas del saber y de la política. El temor a la contaminación de la academia por la política, que la izquierda había resuelto a su manera en los años sesenta, vuelve a plantearse con nuevos ropa-jes y renovado vigor hoy. En los Estados Unidos se habla del destronamiento e incluso de la desaparición de los intelectuales de la escena pública.

## Premisas Generales

En Colombia, y en América Latina en general, la preocupación reciente pero también creciente en torno a los aspectos culturales de la política o a la intervención política de los intelectuales, se produce justamente en un momento de enormes tensiones en la redefinición de su papel, en la búsqueda de su identidad. Como lo ha señalado Jesús Martín-Barbero<sup>40</sup>, los macrosujetos a partir de los cuales hablaba el intelectual, -la Nación, el Estado, el Pueblo-, han entrado en crisis y han dejado al intelectual en una especie de suspenso. Esta es una primera constatación.

En parte esa sensación de suspenso surge de las nuevas formas de visibilidad del papel de los intelectuales. En América Latina, incluida Colombia, se advierte en efecto una creciente demanda gubernamental principal, aunque no exclusivamente, de los servicios profesionales e incluso del personal de los grandes centros de investigación, cuya significación está por establecerse.

De hecho, los intelectuales -los que se consideran y son reconocidos como tales por la comunidad cultural-, han acrecentado sus acciones colectivas en muy diversas direcciones: carta de unos deslindando campos con la guerrilla; cartas de otros en algún momento adhiriendo a los diferentes candidatos presidenciales en 1994; debate público sobre las relaciones entre los centros universitarios y el Estado, que desemboca en debate sobre las estructuras universitarias y educativas y sobre las jerarquías internas; controversia sobre las razones o sinrazones de un Ministerio de la Cultura y, en fin, transacción de un renovado prestigio de la cátedra y la investigación por cargos de dirección política, etc.

El punto de quiebre habría que situarlo, empero, a fines de los años setenta, durante el gobierno de Turbay y su Estatuto de Seguridad, a cuyo amparo, y por primera vez de manera generalizada, capas intelectuales fueron sometidas a la represión, a los allanamientos, a los interrogatorios bajo tortura y al exilio. Hubo entonces importantes pronunciamientos de los intelectuales y artistas colombianos; proliferaron las protestas por las violaciones a los derechos humanos; las marchas de rechazo al encarcelamiento o al atropello de alguno de los suyos, incluyendo a figuras tales como el cineasta Carlos Alvarez, el poeta Viales, el Nobel García Márquez; se generalizó la denuncia e incluso la movilización internacional.

Segunda constatación y premisa de orden metodológico: cada momento

<sup>40</sup> Jesús Martín-Barbero, Conferencia en el Instituto de Estudios Políticos y Relaciones Internacionales, IEPRI, U.N., Bogotá, 1997.

histórico desarrolla formas características de intervención de los intelectuales y criterios de validación propios de esa intervención. Esto quiere decir que la participación y el compromiso del intelectual depende no sólo de la ubicación de éste como categoría social, sino también del tipo de sociedad en la cual se materializa su intervención, y de su entronque con la organización de la cultura. Su historia es parte de la historia social de la cultura.

Tercer presupuesto: vamos a asumir, para efectos de este artículo, que cuando hablamos de "intelectuales" nos estamos refiriendo a los intelectuales públicos<sup>5</sup>, es decir, a aquellos cuyo que hacer opera como referente en el debate y en la formación de opinión ciudadana.

Retomando los elementos enunciados, se puede afirmar que la categoría intelectual integra lo siguientes componentes: una definición intrínseca a la propia comunidad de intelectuales (la autopercepción de tales); una organización para la acción colectiva; y una relación específica con el poder-Estado. Es la conjunción de los tres la que permite diferenciar al intelectual del simple académico, científico o artista.

Dentro de las anteriores premisas generales, voy a proponer un esquema muy tentativo de lectura del papel de los intelectuales en la centuria que va

desde la Constitución de 1886 a la del 1991, es decir, un esquema (y nada más que un esquema) histórico de la relación de los intelectuales con la política, o que provea elementos para su elaboración.

Nuestro punto de partida se sitúa entonces en un período ya avanzado de secularización, lejos del clérigo como prototipo y articulador del campo intelectual que había caracterizado la sociedad colonial<sup>6</sup>.

Este arbitrario punto de partida está precedido, desde luego, de un largo proceso histórico, cuyos primeros jalones se remontan por lo menos hasta las postrimerías del período colonial y en particular al fallido intento (articulado al plan reformista de Moreno y Escandón) de fundar una Universidad Pública, inmediatamente después de la expulsión de los jesuitas en el último cuarto del siglo XVIII<sup>7</sup>.

Como se ha establecido en un trabajo notable<sup>8</sup>, la gran trilogía del saber, filosofía, teología y gramática, fue la que jugó el papel determinante en la formación de la alta burocracia civil y eclesiástica y en la orientación político-cultural de la sociedad colonial, aunque en las postrimerías del siglo XVIII el ápice lo alcanzó, valga la pena subrayarlo, la jurisprudencia y su correlato, el tribuno republicano, ilustrado o popular.

<sup>(5)</sup> Jacoby Russell, *The Last Intellectuals*, The Noonday Press, New York, 1987, p. 221.

<sup>(6)</sup> Ver Renán Silva, *Universidad y Sociedad en el Nuevo Reino de Granada*, Banco de la República, Santafé de Bogotá, 1992, pp. 16 y 45. Véase también de Hans-Joachim Konig, *En el camino hacia la Nación*, Banco de la República, Bogotá, 1994.

<sup>(7)</sup> Jaime Jaramillo Uribe, "El Proceso de la Educación", en *Manual de Historia de Colombia*, Instituto Colombiano de Cultura, Bogotá, 1980, t.III, p. 293.

<sup>(8)</sup> Renán Silva, op. cit.

## EL PODER DE LOS LETRADOS Y LOS LETRADOS EN EL PODER

El proceso de diferenciación de la intelectualidad nativa –el intelectual patriota– que se había iniciado desde los tiempos de las reformas borbónicas y de la Revolución Comunera; que se fortaleció con el movimiento cultural de la Expedición Botánica; y que se socializó con la creación de tertulias, de Sociedades Patrióticas y de nuevos periódicos como espacios de construcción de una identidad americana y de una conciencia emancipadora, ese proceso avanzó tímidamente con la Universidad Republicana de Santander. Se inspiraba ésta en el benthismo que era a su vez la expresión de los precarios espacios ideológicos que ganaba la cultura anglosajona, antes de que el sistema educativo y toda la atmósfera intelectual recayeran en el teocratismo hispánico de la década de los años cuarenta del siglo XIX. Pese al carácter innovador de empresas como la Comisión Corográfica en la segunda mitad del XIX, ni el radicalismo, tan sensible al tema de la instrucción pública, ni la propia Universidad Nacional (1868), cuna de la élite intelectual de su tiempo, fueron capaces de consolidar un modelo cultural alternativo hegemónico. Y como se puso en evidencia en las dos últimas décadas del siglo, pese a la expansión económica, la restauración de

los viejos esquemas mentales era posible.

Durante el período de La Regeneración –tal como se ha podido señalar en varios estudios recientes<sup>9</sup>– se logró tejer, en este país todavía agrario y pastoril, una estrecha relación entre los letrados dedicados a las lenguas y a la cultura clásicas, la filología y la gramática en particular, y el ejercicio del poder y el prestigio social. En sus anotaciones sobre las letras colombianas, Andrés Holguín ha podido constatar tajantemente cómo en la literatura del período 1886-1930, y sobre todo en el mundo de los gramáticos políticos, pudiéramos agregar, la realidad del país no aparece por parte alguna.<sup>10</sup> Del bien decir y del bien escribir, debe fluir de manera natural el buen gobernar, parecía ser la concepción de esta mirada elitista sobre la sociedad, la cultura y la política.

Salvo contadas y notables excepciones de una orientación positivista en la interpretación de los procesos políticos y sociales, como sería el caso de Rafael Núñez y del reputado secretario de Hacienda Salvador Camacho Roldán, la gramática y el estudio de la lengua en general, sumados a una visión católica y jerarquizada de la sociedad y al culto cachaco de las buenas maneras, eran un componente esencial del poder, cuando no el criterio de reordenamiento del mismo. El punto no merecería constatación si no

<sup>(9)</sup> Véase de Malcolm Deas, *El Poder y la Gramática*, Tercer Mundo Editores, Bogotá, 1993; y de Marco Palacios, *Estado y Clases Sociales*, especialmente el primer capítulo, "La clase más ruidosa", Procultura, Bogotá, 1986.

<sup>(10)</sup> Andrés Holguín, "Literatura y pensamiento 1886-1930", en *Nueva Historia de Colombia*, Editorial Planeta, Bogotá, 1989, t.VI, p. 12.

fuerá porque ello ocurría precisamente en un país que debía tener entonces cifras de analfabetismo superiores al 70%.

Los ejemplos son contundentes: Santiago Pérez dirigente radical, presidente entre 1874 y 1876, escribió un *Compendio de Gramática Castellana*; Miguel Antonio Caro, el gran jurista artífice de la Constitución de 1886, es también autor de un *Tratado del Participio*, traductor de la *Eneida*, las *Geórgicas*, y las *Églogas* de Virgilio; José Manuel Marroquín, escribió un *Tratado de Ortología y Ortografía Castellana*; el presidente Marco Fidel Suárez es autor de un libro que le hubiera causado grandes desvelos a Freud, los *Sueños Gramaticales de Luciano Putgar*; y, lejos del paradigma de un Gramsci que escribió lo mejor de su obra en prisión, el afamado dirigente liberal Rafael Uribe Uribe redactó en la cárcel un *Diccionario de Galicismos*. El ciclo lo cierra Miguel Abadía Méndez, el último presidente de la hegemonía conservadora, escribiendo unas *Nociones de Prosodia Latina*.

Daba la impresión de que estos personajes, mientras más distantes, evasivos e incomunicados se presentaran frente a la sociedad real, tanto más exitosos resultaban en sus pretensiones políticas. En los albores del siglo XX y en esta Colombia de guerras y de fragmentaciones mil, el gran poeta (y también político) por autonomásia era Guillermo Valencia, quien con sus cantos a especies raras o inexistentes en nuestro suelo como las garzas y los camellos, reafirmaba su ideal parnasiánico de ruptura con la realidad de su país y de su tiempo. Era la demostración más contundente del elitismo del poder y de la política. El Poder de los Letrados y los Letrados en el Poder eran las dos caras de la misma mone-

da. O como lo señala Gutiérrez Girardot, literatura y política, político e intelectual, eran términos gemelos. Lo que equivale a decir también que no había un espacio cultural autónomo.

La importancia del idioma, sugiere Deas, estaba dada por el hecho de que éste constituía para la visión conservadora el vínculo directo con el pasado hispánico y colonial. La Iglesia podía encargarse de hacer el resto. En efecto, a las restricciones y al elitismo que imponía el culto al idioma, se sumaba otro factor de selección cultural: el que la Iglesia realizaba a través del fatídico *Índice*, uno de los más poderosos y abusivos instrumentos de control ideológico, pariente de la Inquisición, y mediante el cual se decidía sobre lo que podía o no leerse, almacenarse en las bibliotecas o exhibirse en las librerías.

La Regeneración, y a la larga la República Conservadora, significaban por consiguiente una incuestionable interrupción en el proceso de acercamiento al mundo experimental que se había iniciado desde los tiempos de Mutis y de Caldas, y reafirmaban una característica disociación, la de modernización económica y política, por un lado, y tradicionalismo cultural, por el otro. Saberes exegéticos (gramática y derecho), pasado hispánico y estructuras cléricales, conformaban el sustrato básico de las jerarquías y el poder en la sociedad finisecular.

La crisis del discurso liberal radical y anticolonialista (Florentino González, José María Samper), de buena parte de la segunda mitad del siglo XIX, "con su ética ciudadana y democrática", le abría el paso a una verdadera transición regresiva, que se manifestaba en el intento de refundar la nación a partir de la cultura hispánica. Fue un

# el rincón de la engrammia

intento en gran medida exitoso que podría catalogarse con toda propiedad como el contragolpe cultural de la Regeneración. Parafraseando a Núñez, pudiera decirse que el nuevo movimiento político-cultural sometía la república laica y positivista a la tutela de la república espiritual y neotomista que pregonaba el obispo Rafael María Carrasquilla, Secretario de Instrucción Pública del Presidente Miguel Antonio Caro<sup>11</sup>. Era el regreso a una visión tiránica y homogeneizadora de la cultura y de la sociedad.

Un corolario de lo anterior fue la demostrada hostilidad de la Regeneración a las ciencias, a las incipientes organizaciones científicas<sup>12</sup> y en general a la libertad de opinión, como lo atestiguan, entre otras cosas, la tristemente célebre Ley 61 de 1888, que don Fidel Cano bautizara con el nombre de "Ley de los Caballos"; la censura a obras de teatro, como la antimilitarista *El Soldado* de Adolfo León Gómez; o el forzado exilio de Vargas Vila a Venezuela, punto de partida del largo peregrinaje del autor por América y por Europa.

La erudición clásica que ostentaban los más connotados exponentes de la Regeneración no era una emulación al humanismo sino una manifestación de sus ataduras a las estructuras mentales de inspiración eclesiástica. De hecho,

con la firma del Concordato, Colombia se había convertido en un país ideológicamente encarcelado. Y los intelectuales gramáticos eran los guardianes de esa prisión.

Los fundamentos materiales de ese tipo de visión, que se vieron reforzados por el formalismo y la retórica de los hombres de leyes, sobrevivieron con el cambio de siglo. Gramaticalidad y formalidad jurídica eran componentes indisociables del mismo universo mental.

Había desde luego opciones estéticas, idiomáticas y culturales alternativas que se concretaban, por ejemplo, en los destellos modernistas de la poesía de José Asunción Silva (*Nocturno*, 1894); en la prosa de Tomás Carrasquilla (*Frutos de mi Tierra*, 1896; *La Marquesa de Yolombó*, 1926-1928) que universaliza lo local y regional, quebrando el centralismo político y cultural de Bogotá; y luego en el ensayo crítico del más internacionalizado de los escritores colombianos en el tránsito de los siglos XIX y XX, Baldomero Sanín Cano (*La Civilización Manual y otros Ensayos*, 1925; *Indagaciones e Imágenes*, 1926; *Crítica y Arte*, 1932)<sup>13</sup>. Pero, repito, eran destellos, atisbos, sin continuidad estructural.

Para entender qué tan poco había cambiado al quiebre del siglo baste recordar que la propia capital nacio-

<sup>11</sup> R. Silva, "La Educación en Colombia 1880-1950", en *Nueva Historia de Colombia*, Editorial Planeta, Bogotá, 1989, t. IV, p. 70.

<sup>12</sup> Diana Obregón, *Sociedades Científicas en Colombia. La Invención de una Tradición 1859-1936*, Banco de la República, Bogotá, 1992.

<sup>13</sup> Véase de Rafael Gutiérrez Girardot, "La Literatura Colombiana en el Siglo XX", en *Manual de Historia de Colombia*, t. III., Instituto Colombiano de Cultura, Bogotá, 1978-1980, p. 448 y ss.

nal, Bogotá, no llegaba siquiera a los ciento cincuenta mil habitantes entrando ya el siglo XX, y a juzgar por sus calles, sus edificaciones, sus medios de transporte y comunicación, sus borrosas fronteras con el mundo rural de la Sabana, y el ritmo de su vida cotidiana, todavía conservaba un cierto aire semicolonial. Apenas se insinuaba un pequeño rincón para la bohemia intelectual, conocido precisamente como la "Gruta Simbólica", fundada al despuntar el siglo, en 1900<sup>14</sup>. Por otro lado, resulta apenas lógico pensar que, si las letras (a menudo asociadas a las leyes) eran la fuente del poder, el medio más idóneo para contrarrestarlo era también educarse... "Paz, instrucción y progreso material bajo la Constitución de Rionegro", fue uno de los *slogans* de la era radical. Como lo ha señalado el historiador Jaime Jaramillo Uribe, la creencia en el poder rectificador de la educación se manifestaba, por ejemplo, en el hecho de que después de cada guerra se formulara frecuentemente una reforma educativa<sup>15</sup>, y si era posible, para guardar el culto a las formas, una nueva Constitución, desde luego.

Educación para la democracia es una consigna típicamente republicana, y como instrumento de promoción y

nivelación compite con, o se constituye en, alternativa a la fortuna y el linaje. Instrucción pública, gratuita y obligatoria es quizás la bandera más consistentemente agitada durante el período radical, y con una ardorosidad tal que una investigadora norteamericana caracterizó la controversia generada por el Decreto Federal de 1870 que la institucionalizaba como la "guerra de las escuelas"<sup>16</sup>. De hecho, muchos veían las escuelas como simples escenarios de adiestramiento político, y semilleros de reproducción partidista. Correlativamente, la educación, como motor civilizatorio, jugará un papel central no sólo a lo largo de la segunda mitad del siglo XIX sino también en las primeras décadas del XX entre los sectores populares y revolucionarios, incluidos los anarquistas. Y desde el punto de vista de las élites modernizantes, la fuerza integradora (y destructora) de la educación debía extenderse incluso a los ya casi diezmados grupos aborígenes.

El paradigma latinoamericano de la transición de la hegemonía cultural francohispana a la anglosajona será el Ariel (1900) de José Enrique Rodó<sup>17</sup>. En Colombia es apenas un larvado movimiento que no logra sobreponerse con sellos distintivos.

<sup>14</sup> Patricia Londoño/Santiago Londoño, "Vida diaria en las ciudades colombianas", en *Nueva Historia de Colombia*, Editorial Planeta, Bogotá, t. IV, p. 313-399.

<sup>15</sup> Jaime Jaramillo Uribe, *Manual de Historia de Colombia*, Colcultura, Bogotá, 1980, t. III., p. 260.

<sup>16</sup> Jane M. Rausch, *La Educación durante el Federalismo*, Instituto Caro y Cúneo\Universidad Pedagógica Nacional, Bogotá, 1993, p. 15.

<sup>17</sup> Para una visión panorámica de estos temas, véase el libro de la historiadora suiza Aline Helg, *La Educación en Colombia 1918-1957*, Fondo Editorial CEREC, Bogotá, 1987. El título en francés es más diccionario: *Civiliser le peuple et former les élites*.

# el rincón de la engañamia

## LOS INTELECTUALES MAESTROS

(La lucha por la autonomía cultural)

Subterráneamente a la cultura elitista y dogmática de las postrimerías del siglo XIX hay dos corrientes que van a comenzar a diferenciar y a cambiar de manera decisiva el panorama cultural colombiano, los sistemas de representación y las sensibilidades.

La primera corriente cultural es la que el historiador norteamericano Frank Safford hace remontar a los esfuerzos borbónicos por introducir en la Nueva Granada los llamados "conocimientos útiles". Se trata, en el esquema de Safford, de la consolidación de un "ideal de lo práctico", cuyos valores y condiciones económicas sólo vinieron a cristalizarse, inicialmente, con la creación de la Universidad Nacional (1867) y, luego, con la fundación de la Escuela de Minas de Medellín (1888). Esta última, sobre todo, crea bases firmes para la formación de una élite técnica y empresarial (no necesariamente teórica, científica o intelectual) opuesta al ideal libresco, político y cachaco de las élites bogotanas, aunque estrechamente asociada a los patrones culturales de la iglesia católica. Conjuga, pues, de manera muy original, invención empresarial con tradición religiosa. El culto a la Escritura y a la Palabra siguen latentes, pero comienzan a verse competidos por una nueva racionalidad y por el

culto a la producción material y a la gestión administrativa.

La Escuela de Minas, "semillero para la socialización de los cuadros dirigentes de aquel proceso económico", según apunta Alberto Mayor, su más agudo analista, marcaba un desplazamiento hacia las nuevas influencias culturales (norteamericanas), puesto que se creó bajo el modelo de la School of Mines de la Universidad de California, Berkeley, en donde habían estudiado sus primeros directores, Pedro Nel y Túlio Ospina<sup>18</sup>. El papel de los ingenieros, de los técnicos y de los economistas comenzó a ser cada vez más notorio en las altas esferas político-administrativas del país, en el análisis mismo de la realidad nacional (Alejandro López), y se afianzó con las rápidas transformaciones de la vida material de la nación en las primeras décadas del siglo XX. Ingeniero fue Laureano Gómez; ingeniero y rector de la Escuela de Minas fue Ospina Pérez; economista fue López Pumarejo. Perfiles muy distintos a los letrados del siglo XIX.

La segunda corriente innovadora es la que se insinúa, a comienzos de los años treinta del presente siglo con la creación de la llamada Universidad Popular, la cual, pese a su nombre, no pasaba de ser un programa de conferencias sobre temas económicos, jurídicos y artísticos pero que operaba de todas maneras como una forma de sociabilidad de figuras intelectuales

<sup>18</sup> Frank Safford, *El Ideal de lo Práctico*, Empresa Editorial Universidad Nacional/Ancora Editores, Bogotá, 1989 (primera edición en inglés, University of Texas Press, 1976), p. 306; y Alberto Mayor Mora, *Ética, Trabajo y Productividad en Antioquia*, Tercer Mundo Editores, Bogotá, 1984.

modernizantes con renombre nacional<sup>19</sup>.

Posteriormente, y esta es otra manifestación de la misma corriente, se materializa la fundación de la Facultad de Ciencias de la Educación cuyos efectos fueron mucho más profundos y duraderos en la cultura nacional y en la formación de las nuevas comunidades científicas (antropólogos, sociólogos, historiadores...). Adscrita dicha Facultad a la Universidad Nacional, es casi inmediatamente relevada por la Escuela Normal Superior (1936-1951), inspirada en su homónima de París, surgida de la Convención de 1794. La idea subyacente a esta propuesta intelectual era la de concentrar en dicha Normal Superior los mejores cerebros del país y formar las nuevas generaciones en ese nuevo espíritu de la época, cuyo momento inaugural para el efecto suele ubicarse, internacionalmente, en el movimiento reformador de Córdoba (Argentina) en 1919, y nacionalmente en la Misión Alemana contratada por la Administración de Pedro Nel Ospina en 1922, y cuyas recomendaciones orientadas hacia una formación más pragmática de los bachilleres fueron bloqueadas por la convergencia de fuerzas de dispares procedencias ideológicas y doctrinarias<sup>20</sup>.

A la Normal Superior se la concibió, pues, como cúspide del sistema educativo, incluso en competencia con la Universidad Nacional. Se trataba por lo demás de una gran empresa cultural, coetánea de otros movimientos militanteamente innovadores, como el de "Los Nuevos" en las artes plásticas, llamados también los Bachué, (Pedro Nel Gómez, Ignacio Gómez Jaramillo -*Los Comuneros*-, Rómulo Rozo -*la escultura a la diosa Bachué, El Zipa*-, Luis Alberto Acuña -*Retablo de los dioses tutelares de los Chibchas*-, entre otros) caracterizados por sus búsquedas, individuales y no institucionales, de los fundamentos nativos de la cultura latinoamericana, al igual que ya lo había hecho el muralismo mexicano, que los colombianos difícilmente emularon con la proyección y el monumentalismo de este último; coetánea también de las múltiples variantes del vanguardismo literario que incluyen a figuras tan dispares como el rítmico y enigmático León de Greiff de *Variaciones alrededor de nada*, 1936; a Luis Vidales (*Suenan timbres*, 1926); a Fernando González (*Viaje a pie*); a José Eustasio Rivera (*La Vorágine*, 1924); al errabundo Porfirio Barba-Jacob de la *Canción de la vida profunda*, 1914; al cosmopolita Baldomero Sanín Cano

---

<sup>(19)</sup> Carlos Uribe Celis incluye dentro de la nómina docente de este experimento democratizador a: Guillermo Nannetti (profesor de economía nacional); Eliseo Arango (economía nacional); Carlos Lozano y Lozano (derecho penal); Jorge Eliécer Gaitán (sociología criminal); Francisco Socarrás (sicología experimental); Luis López de Mesa (vulgarización cultural); Rafael Maya (historia del arte); Otto de Greiff (historia de la música). Véase, Uribe Celis, Carlos, *Los Años Veinte en Colombia*, Ediciones Alborada, 2a.edición, Bogotá, 1991, p. 126.

<sup>(20)</sup> Jaime Jaramillo Uribe, "La Educación durante los gobiernos liberales 1930-1946", en *Nueva Historia de Colombia*, t. IV, pp. 99-101.

(*Crítica y arte*, 1952) y al prolífico Germán Arciniegas, notable líder estudiantil en la década del veinte y promotor desde distintos escenarios (dirigente estudiantil, parlamentario y ministro) de la tarea de la reforma educativa de la República Liberal, reforma que en su conjunto debía apuntar a democratizar la cultura, formar ciudadanos, crear conciencia nacional y responder al desarrollo económico y social del país<sup>21</sup>. En otras palabras, y desde la perspectiva que estamos analizando el tema omnipresente en las décadas del treinta y cuarenta era el de pedagogía y construcción de Estado, con los intelectuales como mediadores de esa construcción.

Todas estas búsquedas y expresiones eran coetáneas, finalmente, de un proceso general de ampliación de la ciudadanía en el plano político que se ha hecho posible gracias al tránsito ahora perceptible del modelo hispanizante de integración de La Regeneración, a un esquema incipiente, pero también detectable, de pluralismo cultural, étnico y social, en expresa reacción contra las exclusiones y sectarismos de la Generación del Centenario. Como en muchos otros países latinoamericanos, y dentro de las más variadas vertientes ideológicas, fue éste el período en que los grandes temas del

debate intelectual, como la cuestión social (campesina, obrera e indígena); la pluralidad cultural; la diversidad regional y las formas y socios impuestos o acordados para la explotación de los recursos energéticos, aparecían dominados por la cuestión nacional, cuya centralidad en la agenda de los intelectuales ya se había hecho patente desde el siglo XIX<sup>22</sup>.

Tal fue la atmósfera intelectual que acompañó la irrupción de la Escuela Normal Superior. Su objetivo declarado era la profesionalización de la educación universitaria en las diferentes ramas del saber, con todo lo que profesionalización implica (monopolización, segregación, pero también cualificación de conocimiento) dentro de esquemas pedagógicos alternativos a la hasta entonces dominante pedagogía católica. Ésta acababa de recibir un segundo aliento con la refundación de la jesuita Universidad Javeriana (1931) del padre Félix Restrepo y la fundación de la Pontificia Bolivariana de Medellín (1936), como contrapeso no sólo a la Universidad Libre, que había comenzado a operar el 13 de febrero de 1923, por iniciativa de Benjamín Herrera, sino también al Externado de Colombia, relanzada también en los veinte como baluarte liberal-republicano al igual que la Libre. Como

<sup>(21)</sup> Para un examen más detallado del pensamiento y acción de Arciniegas, véase de Angela Rivas Gamboa "Pasiones de la Razón: cuatro intelectuales reformadores y el sueño de la República Liberal", Monografía de grado, Departamento de Antropología, Universidad de los Andes, Bogotá, 1997.

<sup>(22)</sup> Fernando Uricoechea, "Los intelectuales colombianos: pasado y presente", en *Análisis Político*, No.11, Instituto de Estudios Políticos y Relaciones Internacionales, Universidad Nacional de Colombia, Bogotá, 1990, p. 62.

resultado de todo ello, y como lo muestran Martha Cecilia Herrera y Carlos Low<sup>23</sup>, se pasaría en la década siguiente de la formación de hombres cristianos a la formación de ciudadanos, en una perspectiva liberal y laica que habría de contar, valga la pena subrayarlo, con el apoyo, desde el Ministerio de Educación, de dos notables figuras: la primera de ellas, el humanista formado en Harvard Luis López de Mesa (*Introducción a la historia de la cultura Colombiana*, 1930; *De cómo se ha formado la Nación colombiana y Disertación sociológica*) y la segunda Darío Echandía, este último con su lema "Tierra y Cultura", eco tardío del programa post-revolucionario del Ministro de Educación mexicano, de proyección continental, José Vasconcelos.

Subrayamos este punto porque la gestión de Echandía representa precisamente uno de los raros intentos de asignarle al Estado un papel protagónico en la organización y promoción de la vida cultural, en un país en donde también en este campo la iniciativa la han tenido en buena medida los diversos actores privados.

Es, en todo caso para Colombia, el momento de la crítica social y de la sustitución del literato por el pedagogo, por el Profesor, llámeselos Nieto Caballero, López de Mesa o Germán Arancibia. Los indígenas, los campesinos y los trabajadores del petróleo -redescubiertos o reconocidos ahora como protagonistas de la construcción na-

cional- eran quizás también el eje de la naciente crítica social que encontraba su eco literario en la obra de autores como Eduardo Caballero Calderón (*Tipacoque*, 1941) José Antonio Osorio Lizarazo (*La cosecha*, 1935) y César Uribe Piedrahita (*Mancha de aceite*, 1935). En el campo jurídico, una nueva legislación, secundada por la llamada "Corte Admirable", le abrió paso a significativas innovaciones en el campo de las costumbres reguladas por el llamado derecho de familia, y en el de las relaciones Iglesia-Estado: el reconocimiento de los derechos civiles a las mujeres, cambios en la legislación matrimonial y en el *status* de los "hijos naturales", renegociación del Concordato, y otras que desafiaban imposiciones seculares de la Iglesia en la vida pública y privada<sup>24</sup>.

En todo caso, el intelectual de esta generación y de los perfiles que hemos ilustrado, era cada vez más autónomo de los partidos y del poder estatal, y tenía obviamente mayores vínculos orgánicos con la sociedad que los letrados, pero centraba su mirada en la perspectiva de la transformación, no de la sociedad en su conjunto, sino de uno de sus mecanismos de reproducción, el aparato educativo, como punto estratégico para la transformación de la sociedad. La Escuela Normal Superior formaba maestros, Intelectuales-Maestros. No era función exclusiva pero sí distintiva de la Escuela.

---

<sup>(23)</sup> Martha Cecilia Herrera/Carlos Low, *Los intelectuales y el despertar del siglo* (El caso de la Escuela Normal Superior), Universidad Pedagógica Nacional, Bogotá, 1994, p. 20.

<sup>(24)</sup> Angela Rivas G., op. cit.

# el rincón de la engamia

A la Normal se vincularon Maestros y Maestros de Maestros de varias generaciones. Recordemos algunos ejemplos: entre los docentes nacionales cabría señalar, en primer lugar, a Germán Arciniegas, quizás el más cosmopolita de los escritores colombianos de entonces, conocido ya por obras como *Los Comuneros* (1938), *El Estudiante de la Mesa Redonda* (1932) y quien en los años cincuenta habría de ser profesor de Columbia University. También se destacaba y prolongaría su influencia más allá de aquellos años, el pedagogo Agustín Nieto Caballero, quien fue, entre otras cosas, fundador del prestigioso Gimnasio Moderno de Bogotá (1914), una de las más exitosas alternativas laicas al cuasimonopolio religioso de la educación privada<sup>25</sup>. Nieto Caballero, fundador con Gustavo Santos, de la revista *Cultura*, fue el promotor en Colombia y América Latina del movimiento pedagógico Escuela Nueva, de origen suizo, que transformó las prácticas educativas, y uno de los inspiradores y artífices de la reforma educativa de 1932, en el despuntar de la República Liberal, aunque él desde el sector privado preconizaba una perspectiva distinta a la de Arciniegas: transformar la estructura educativa sí, democratizar y modernizar los contenidos también, pero a partir de la formación de una élite cultural pre-

parada para dirigir y gobernar. Concepciones que seguramente no tendrían la misma receptividad en el sector público de la educación, y en la Universidad Nacional en particular, de la cual Nieto Caballero fue Rector. A esta misma élite intelectual, para incluir un perfil diferente, pertenecía Luis Eduardo Nieto Arteta, el influyente ensayista redescubierto tardíamente por los historiadores y economistas marxistas en las décadas del sesenta y setenta.

Entre los Maestros extranjeros, algunos de ellos fugitivos del nazi-fascismo-franquismo europeo, hay que mencionar al historiador español José María Ots Capdequí, experto en la historia del régimen de tierras y del Estado Español, durante la época colonial; al etnólogo francés Paul Rivet, fundador del Museo del Hombre, en París; al geógrafo alemán Ernesto Guhl, que prácticamente introdujo al país una disciplina social, la geografía; al británico (jamaiquino) profesor de literatura inglesa, Howard Rochester. La Normal aspiraba a combinar en la práctica, y no sin conflictos, "importación" de tradiciones científicas y conocimiento aplicado a la realidad social y cultural del país<sup>26</sup>.

Los alumnos de estos Maestros fueron no menos notables: los historiadores Jaime Jaramillo Uribe y Darío

<sup>25</sup> Para un examen novedoso y sistemático de ese complejo "proyecto cultural" que es el Gimnasio Moderno, remito al estudio citado de Angela Rivas.

<sup>26</sup> Anotaciones útiles sobre los choques de tendencias pueden verse en Marcela Echeverri, "La Institucionalización de la Antropología durante la República Liberal 1935-1950", tesis de grado, Universidad de los Andes, Bogotá, 1997, p. 120 y ss.

Mesa; el filólogo Luis Flórez; la antropóloga Virginia Gutiérrez, fundadora del tema de *La Familia en Colombia*, y el arqueólogo Luis Duque Gómez.

Por tanto, entre maestros y alumnos, la Escuela Normal albergaba a la mayor parte de las grandes figuras de las ciencias sociales contemporáneas en el país. Sólo unos pocos, igualmente influyentes, formados en otras escuelas y en otras latitudes, quedaban por fuera de esta lujosa nómina: los filósofos Rafael Carrillo y Danilo Cruz Vélez de la recién creada (1945) Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional; los historiadores Guillermo Hernández Rodríguez y Luis Ospina Vásquez; el arqueólogo Gonzalo Correal, y el economista Antonio García, entre los colombianos; entre los extranjeros, que vinieron por otro camino a quedarse, figuraban, por último, Juan Friede y Gerardo Reichel-Dolmatoff.

Hay que insistir, se trata, en general, y a diferencia de los letrados, de figuras más bien esquivas a la política, y en cambio muy receptivas y propensas a la indagación científica y a la secularización. En los de vocación filosófica se advertía palmariamente el viraje: el dominante pensamiento esco-

lástico, que había tenido en monseñor Rafael María Carrasquilla a su más característico exponente, empezaba a ser competido por un racionalismo moderno, que privilegiaba la relación de la Filosofía con las Ciencias.

La Escuela Normal tenía, por otra parte, como anexos, dos Institutos: el primero, asociado a la ya mencionada figura de Paul Rivet, el Instituto Etnológico Nacional (1941), fundado bajo el gobierno de Eduardo Santos y cuyas actividades investigativas fueron criminalizadas en los años cincuenta<sup>27</sup>. El segundo, el Instituto Indigenista Colombiano, con una visión militante del saber antropológico, asociado, entre otros, a Gregorio Hernández de Alba y a Antonio García, ideólogo este último del movimiento gaitanista de la década del cuarenta y una de las figuras más notables del pensamiento económico colombiano del siglo XX.

A estos Institutos (es el momento de los Institutos) habría que agregar el Instituto Geográfico Agustín Codazzi (1935), el Instituto de Ciencias Naturales, el Instituto Caro y Cuervo (1942), el Instituto de Economía (1945), adscrito a la Facultad de Derecho de la Universidad Nacional; el Instituto de Filosofía (1946) adscrito también a la Facultad

<sup>(27)</sup> Rivet tuvo el coraje de desafiar públicamente (en el periódico *Le Monde*) las versiones oficiales del 9 de abril. Véase de Renán Vega Cantor y Sandra Jauregui González "La Percepción de la Crisis Política en Colombia 1945-1951 por parte de los Diplomáticos Franceses", 1997, (inédito). Rivet sostenía tesis que ofendían el credo nazi-fascista europeo y el de sus epígonos colombianos (v.gr. Laureano Gómez), como ésta de 1942 en el primer número de la Revista del Instituto: "es una equivocación absurda, si no una mentira desvergonzada, hablar de raza pura y querer establecer sobre esta base anticientífica una teoría imperialista de la hegemonía y de superioridad étnica. Los europeos actuales (...) no son más que mestizos y desde tiempos inmemoriales." Citado en Marcela Echeverri, op. cit. 139.

# el rincón de la engamia

de Derecho de la misma Universidad, muy influido por la fenomenología alemana y acusado por el clero de proscribir el tomismo; el Instituto Colombiano de Antropología (ICAN, 1951), que hizo el relevo al Instituto Etnológico Nacional y, finalmente, el fallido Instituto Colombiano de Sociología (1951).

El movimiento de renovación cultural, parcialmente conducido ahora desde la Universidad Nacional, y el esfuerzo de transformación del mundo jurídico desde la Libre y el Externado, son abruptamente interrumpidos el 9 de abril, que es también un hito en la confrontación de mentalidades: los insurrectos la emprenden entre otros, contra los centros educativos de inspiración religiosa, incluida la Universidad Javeriana, y el gobierno a su vez se representa la revuelta como una materialización combinada, por un lado de las ideas disociadoras preconizadas por los reformadores de la República Liberal y propagadas por los "guerrilleros intelectuales" y, por otro lado, de la barbarie del inepto vulgo, que sólo podría ser detenida mediante una recristianización conservadora "a sangre y fuego"<sup>28</sup>.

La intemperancia política y cultural de la Violencia, como se sabe, obliga al cierre de centros de debate intelectual y de prestigiosas publicaciones, como la *Revista de Indias*, asociada a la intelectualidad reformista de la Revolución en Marcha, y del quincenario *Critica*, dirigido por Jorge Zalamea. La Vio-

lencia induce también al exilio, más o menos voluntario, a hombres de letras como Jorge Zalamea quien desde Argentina escribe su memorable *El gran Burundún-Burundá ha muerto* (1952); a Germán Arciniegas, quien escribe entonces su *Entre la Libertad y el Miedo* (1952). Así mismo, La Violencia provoca el retorno a sus sitios de origen de algunos de los migrantes extranjeros que en décadas precedentes habían llegado a Colombia perseguidos por los gobiernos de sus propios países...

Despejado "a sangre y fuego" el campo de la confrontación ideológica, la dirección de la Escuela Normal se le confía en 1952 a dos educadores alemanes, Julius Sieber y Franziska Radke, llegados al país a fines de la década del veinte, y al parecer ambos de inclinaciones nacional-socialistas (nazis).

Para la cultura, que no podía expresarse en toda su vitalidad, La Violencia representa, en términos de cronología intelectual, y de "lucro cultural cesante", una generación perdida, o al menos una "generación invisible". Ella es, si no la muerte, un borrón en la memoria cultural del país, con efectos muy similares a los de las dictaduras coetáneas o posteriores del subcontinente. No había ningún estímulo a la crítica social y mucho menos a la disidencia o a la oposición política.

Si alguna literatura logra imponerse y encontrar oxígeno durante el período es precisamente una literatura de evasión, el Piedracielismo, con sus ataduras explícitas al catolicismo y a la

<sup>28)</sup> Véase de Luis Antonio Restrepo Arango, "Literatura y Pensamiento" 1958-1985, *Nueva Historia de Colombia*, Editorial Planeta, t. VI, p. 89 y ss.

hispanidad<sup>29</sup>. Quizás a un instintivo deseo de fuga deba atribuirse también el frenesí colombiano de aquel entonces por actividades deportivas, como el fútbol (es la época de El Dorado), y el ciclismo.

Hay incluso desde el poder un intento expreso de matar la memoria de este período, de hacer de ella un muerto más. En efecto, por una Orden Administrativa del Ministerio de Gobierno, el 4 de enero de 1967 se declaró como "archivo muerto" un conjunto de "79 sacos que contienen el archivo de los años de 1949 a 1958"<sup>30</sup>. La precisión de las fechas deja ver claramente que el problema no era el "ambiente de olor insopportable" y el estado "horrible" de la oficina, como se arguyó, sino la pestilencia de la época que había que suprimir.

Desde donde quiera que se lo mire, el problema de los intelectuales colombianos en el decenio del cincuenta, salvo excepciones muy contadas, como la del escritor Jorge Zalamea y la pintora Débora Arango, es que no logran encontrar su ubicación histórica. De hecho, lo que se observa es que salvo contadas excepciones LOS MAESTROS, perplejos, CALLAN. La tardía intervención propiciada por la revista *Mito* a través de la "Declar-

ción de los intelectuales colombianos durante el paro general" (mayo 1957) que condujo a la caída de Rojas apacigua demasiado subordinada a los intereses de las capas dirigentes y a los propósitos del naciente Frente Nacional. En general, atrapados por la confrontación partidista, los intelectuales en la década del 50 perdieron, o carecían de, la autonomía que les hubiera permitido ejercer una función orientadora en medio de la crisis. Se limitaron a ser, como en el Cono Sur bajo las dictaduras, una especie de "conciencia cautiva" (la expresión es de Delich), seguramente inconforme pero al mismo tiempo pasiva y resignada<sup>31</sup>.

Por ello también quizás, y a diferencia de los intelectuales mexicanos que llevan a sus espaldas el mito integrador de la Revolución y el nacionalismo, los colombianos arrastran la evidencia disolvente de la tragedia, que para ponerlo en términos de Annick Lempérière analizando otro contexto, les quita toda capacidad de "capitalización cultural". Quizás no haya que sorprenderse tanto. De hecho, como lo muestra también la Revolución Mexicana, las grandes figuras intelectuales no surgen en el curso de la guerra sino después de la misma<sup>32</sup>.

<sup>29</sup> Luis Antonio Restrepo A., op. cit. p. 79.

<sup>30</sup> Los ejecutores de esta determinación fueron: la Jefe del Grupo de Archivo Elvira de Chaparro; el Jefe de División Administrativa Gerardo Vesga Tristánch y el Secretario General del Ministerio, Jacobo Pérez Escobar, entre otros.

<sup>31</sup> Hebe M.C. Vessuri, "El Sísifo sureño: Las Ciencias Sociales en la Argentina" (Mimeo), s. f.; s. l.

<sup>32</sup> Daniel Cosío Villegas, "El Intelectual Mexicano y la Política", en *Ensayos y Notas*, t. II, Editorial Hermes, S. A., México, 1966.

# el rincón de la engamia

## LOS INTELECTUALES CRÍTICOS

(La misión profética)

Cerrado el paréntesis de La Violencia, se inicia en los sesenta-setenta un proceso de modernización de la sociedad (educación, secularización, clases medias) y del aparato productivo, que se encuentra muy bien descrito, entre otros, en la *Crónica de dos Décadas*, de Daniel Pécaut y en el texto de Marco Palacios, *Entre la Legitimidad y la Violencia*.

Dichos procesos están acompañados a su vez de por lo menos tres grandes signos de renovación:

1. Una ampliación de las instituciones, de los productores y de los intermediarios culturales... (universidades, bibliotecas, museos, editoriales, revistas especializadas, centros de investigación, academias, asociaciones profesionales, redes de centros, radio y televisión cultural...). Y estrechamente asociado a lo anterior una expansión considerable del público lector, productor y consumidor. Un dato ilustrativo: en la Educación Superior, mecanismo de legitimación de ejercicio del poder para nuevas capas dirigentes, el número de estudiantes que en 1958 apenas llegaba a 20.000, en 1980 sobrepasaba los 300.000 y en 1992 superaba el medio millón.
2. Una ampliación del mercado de bienes simbólicos (libros, prensa cultural, galerías, cineclubes, discos...).
3. Una ampliación de la demanda de analistas sociales y políticos.

En este contexto, los Intelectuales Maestros crean el espacio para la ins-

titucionalización de nuevas disciplinas en la Universidad... Las ciencias sociales rompían su cordón umbilical con su matriz jurídica. Una notable profesionalización de la historia, Enriquecida con los métodos de disciplinas vecinas, y una creciente historización de las ciencias sociales, particularmente de la sociología y la economía, son características de esta nueva fase. La Universidad empieza por lo menos a indagarse sobre su papel en la producción de ciencia, cultura y tecnología.

De este modo, después del eclipse de La Violencia, los años sesenta restablecen la continuidad perdida con la Normal Superior, con los Maestros. Además, las artes y las letras son testigos del despuntar de las más notables figuras contemporáneas: Obregón, Negret, Ramírez Villamizar, Botero, García Márquez.

Simultáneamente, se abre paso un tercer tipo de Intelectual, el Intelectual Crítico, independiente de los partidos y del Estado.

Dos publicaciones jugarán un papel capital en esta nueva etapa de apertura a las innovaciones culturales: la revista *Mito*, de inspiración sartriana, husserliana y freudiana (fundada a principios de 1955 por el escritor Jorge Gaitán Durán), que con una mezcla de cosmopolitismo y cierto distanciamiento de la realidad nacional (de hecho hostil a temas como el arte y la literatura autóctonos, la identidad y la cultura nacional, tan en boga en América Latina) es la revista que facilita la transición generacional e intelectual con los Maestros. En ella "el país interesa como contexto de un diálogo cultural con referentes universales", y su labor "antes que pedagógica es crítica", dice un excelente estudio

reciente sobre esta publicación<sup>53</sup>. Hay en los intelectuales a partir de los años cuarenta un redescubrimiento del país (Osorio Lizarazo, Jorge Zalamea), pero al mismo tiempo (y es el sesgo de *Mito*) sensación de extrañamiento frente una realidad que los choca y desconcierta, y que ven en buena medida como barbarie. Vendrá luego la revista *Estrategia*, esta sí con una explícita vocación contestataria, que recibe su sello de dos nombres, de gran ascendiente en los medios universitarios, Mario Arrubla y Estanislao Zuleta, heraldos de una nueva visión de la historia y la sociedad colombiana. Se trata, desde luego, en uno y otro caso, de minorías, de influyentes minorías, cuyo magisterio se extiende hasta nuestros días.

En el caso concreto colombiano, el intelectual crítico es el intelectual que ha asimilado la experiencia histórica de La Violencia, que la ha vivido como barbarie cultural, y que se propone en cierto modo disecarla.

Simultáneamente a la gestación de la serie *Genocidio* del pintor Alejandro Obregón, o de la película *El río de las tumbas*, de Julio Luzardo (1964), desde la Facultad de Sociología de la Universidad Nacional se inicia lo que podríamos llamar la anatomía de La Violencia... Y –es preciso recordarlo–

en su momento la sola descripción tenía una fuerza demoledora, subversiva.

Sociólogos, antropólogos y geógrafos confluyen en La Violencia: disecan, diagnostican y proponen, en general, recordémoslo, para un Instituto estatal, el Instituto Colombiano de Reforma Agraria. Por allí pasarían Fals Borda, Milcíades Cháves, Ernesto Gómez, el cura Camilo. Idéntica función nucleadora de grupos interdisciplinarios habría cumplido la Contraloría General de la República en los años treinta y el Ministerio del Trabajo en los años cincuenta. A este respecto, como lo ha señalado Gonzalo Cataño, Colombia siguió el patrón latinoamericano de crecimiento de las ciencias sociales, es decir, un desarrollo de las mismas en estrecha relación con las instituciones públicas<sup>54</sup>. Muy tempranamente la sociología, por ejemplo, asignó en gran medida al Departamento Administrativo Nacional de Estadística (DANE), tareas como la tecnificación de datos censales, demográficos, análisis de opinión y de estratificación social. Desarrollo agrario y desarrollo industrial, movimiento campesino y movimiento obrero, fueron los ejes del diálogo más o menos fecundo de economistas, sociólogos e historiadores.

<sup>(53)</sup> Luis Humberto Arboleda Monsalve/Edgar Horacio Ruales Urresta, "Mito: ¿Una Revista de Cultura?", Tesis de grado, Departamento de Historia, Universidad Nacional-Sede Medellín, 1994, p. 15. Belisario Betancur diría en 1955 que "*Mito...* podría editarse en inglés o en chino y sería exactamente igual...", citado en Ibid. p. 44. Para una visión complementaria de los aportes, ambigüedades y tensiones de la revista, véase también de Carlos Sánchez Lozano "Revista *Mito*: Otro Prólogo al Frente Nacional", Revista *Foro*, No. 7, octubre de 1988, pp. 111-114.

<sup>(54)</sup> Gonzalo Cataño, "Historia de la Sociología en Colombia", en *Nueva Historia de Colombia*, Editorial Planeta, t. IV, p. 236.

# el rincón de la engamia

Desde luego que hay un notable pensamiento crítico identificable en períodos anteriores: piénsese en Carlos Arturo Torres, en Luis Tejada, en Sanín Cano y, sobre todo en el más latinoamericano de todos en su tiempo, el polemista e iconoclasta Vargas Vila, a quien más que a nadie cabe el calificativo de "intelectual nómada". Pero eran más bien fenómenos aislados, con impactos sectoriales, y no un verdadero movimiento de ideas.

A diferencia pues de las décadas anteriores, se trata en este caso de un tipo de intelectual cada vez más ligado a los centros académicos universitarios, y que mezcla más o menos productivamente desarrollismo, marxismo y cepalismo; que tiene sus ritos de iniciación, como tesis, títulos, concursos y publicaciones, y que por razones tanto de desarrollo cultural como urbanístico, se encuentra cada vez más lejos de la vieja bohemia, de la tertulia y del café, como determinantes de la producción e intercambio de ideas en las nuevas generaciones... Cafés como el Molino, el Windsor y el Automático comienzan a ser ya reliquias del pasado, objetos de interés, si acaso, para los historiadores de la sociabilidad cultural y política.

Por la vía de la aproximación crítica a La Violencia, este intelectual se encuentra y choca con la realidad externa al mundo universitario, al sistema educativo. Se encuentra con partidos, con campesinos, con hacendados, con guerrilleros, con clases, con estructuras sociales, con un poder político. Su blanco y también su reto es la sociedad global. Su compromiso político es una simple prolongación de sus actividades intelectuales. Es el momento de surgimiento de una nueva conciencia

política de los intelectuales, de la crítica política del orden existente, y de la aspiración a erigirse, como lo quería Wright Mills, en conciencia moral de la sociedad. Es también, para ponerlo en términos de Jack Newfield, el momento de las "minorías proféticas", que hablan a nombre de los desheredados, llámense obreros, campesinos, indígenas o pobladores de las barriadas. El intelectual de los años sesenta está ligado, mucho más que hoy, a una intensa vocación de poder, de poder alternativo, incluso en su manifestación más descarnada de poder armado.

Es pues en esta atmósfera cultural de la época en donde, casi sin advertirlo, se encuentran el intelectual y el guerrillero. Pero no es, desde luego, la única forma de compromiso o de fusión de la teoría y la práctica. El compromiso asume también variantes inéditas como la de "los pies descalzos" (los intelectuales que se unen a las masas) y la de la "investigación-acción".

En Colombia, las fronteras entre el pensamiento crítico del académico y la acción revolucionaria del guerrillero llegan a su máxima tensión precisamente en la vida y obra de Camilo Torres, el cura al mismo tiempo profesor de la Universidad Nacional, analista de La Violencia y combatiente.

Tal tipo de desarrollo no dejó de tener su efecto perverso: la debilidad de una intelectualidad de derecha, la ausencia de una intelectualidad orgánica de la derecha, en la Universidad afectó profundamente la maduración de la intelectualidad de izquierda. La intelectualidad de izquierda no tenía contendores en los estrados universitarios. En consecuencia no había debate. Y en consecuencia la intelectualidad de izquierda hablaba para sí

misma, aunque su pretendido interlocutor era el “pueblo”.

A diferencia de los años treinta, el intelectual de esta generación está preocupado más por la internacionalización seguidista del pensamiento, por la universalización de las diferentes expresiones culturales, que por la búsqueda de las raíces autóctonas de la historia nacional, por un mayor profesionalismo de su saber y por una mayor fundamentación empírica de sus análisis.

### **INTELECTUALES PARA LA DEMOCRACIA**

El tipo de intelectual, crítico de la sociedad y deliberadamente marginado de la actividad estatal, que era el que había campeado en el panorama cultural desde los años sesenta, comenzó a ser desplazado desde comienzos de los años ochenta, a raíz de algunos virajes importantes en la política nacional y en el contexto internacional<sup>135</sup>. El principal de ellos en el plano nacional, tiene que ver, por supuesto, con el replanteamiento de las relaciones entre la insurgencia y el Estado (iniciación del proceso de reconciliación) que llevó también a los intelectuales a establecer nuevas representaciones de la sociedad, nuevas representaciones de las relaciones entre los intelectuales y el Estado, y nuevas alternativas para enfrentar la crisis de

legitimidad de las élites y las instituciones vigentes. Fue, en efecto, la iniciación del proceso de reconciliación política durante el gobierno de Betancur el que permitió que se aflojaran los vínculos orgánicos, las colaboraciones o las simpatías, de numerosos núcleos intelectuales con la insurgencia. Aquí está probablemente el meollo de muchas de las recientes transformaciones en nuestra cultura política: el comienzo de un Nuevo Pacto Político de la Insurgencia con el Estado, preparaba un Nuevo Pacto Cultural, el de los Intelectuales con el Estado, sin que el primero, el de la insurgencia con el Estado implicara renuncia a las pretensiones de transformación de la sociedad por parte de los antiguos insurgentes, ni el segundo, el de los intelectuales con el Estado, implicara una abdicación de la función crítica o de sus vínculos orgánicos con proyectos alternativos por parte de los intelectuales. Tanto en los ámbitos universitarios como en los llamados centros privados e independientes se empezó a aceptar de alguna manera que distanciarse críticamente no era necesariamente marginarse, quedarse a la deriva, o asumir cómodamente la función de “expertos en legitimación”, que alguna vez Gramsci le asignara al menos a una fracción de los intelectuales.

En este contexto, muchos intelectuales empezaron a ejercer su

<sup>135</sup> Retomo aquí algunas de las ideas esbozadas en la sesión inaugural del Simposio “Democracia y Restructuración Económica en América Latina”, celebrado en Villa de Leyva en abril de 1994, y convocado por el Instituto de Estudios Políticos y Relaciones Internacionales, IEPRI, de la Universidad Nacional de Colombia.

# el rincón de la engamia

poder simbólico de manera muy distinta a como lo habían hecho en las décadas precedentes e incluso entraron a jugar un papel, no de mediadores, pero sí de facilitadores informales de la comunicación entre el Estado y la insurgencia, o de actores comprometidos con la consolidación de los procesos ya formalizados. Desde este punto de vista, no disimulan ellos su pretensión, por limitada que sea, de incidir en las políticas estatales, en los actores políticos y en la construcción de instituciones democráticas, sin menoscabo de la autonomía que les confiere su pertenencia al campo cultural. Es decir, reivindicando una calculada distancia entre su intervención en los procesos de decisión y los intentos de su utilización en los procesos de legitimación; entre la autonomía y las nuevas formas de mecenazgo económico y político<sup>36)</sup>.

Por estos caminos, los nuevos intelectuales tienden a monopolizar el debate público y, adicionalmente, vuelven a tropezar con el problema de su identidad y de su papel en el proceso de construcción nacional.

En refuerzo de lo anterior, el proceso de transformación institucional que antecede y sigue a la Constituyente de 1991 ha vinculado, por diversos caminos, a otros sectores intelectuales a la acción estatal, especialmente en campos que tienen que ver

con las relaciones internacionales, la planeación económica, la administración distrital, la vigencia de los derechos humanos, la justicia, el proceso de paz, los organismos de fiscalización, la abolición de los privilegios del bipartidismo, es decir, con la mayor parte de actividades y temas derivados de las urgencias nacionales de hoy en un contexto de virtual expansión de la democracia formal, no obstante las diversas violencias, incluida la política.

Este replanteamiento de las relaciones Estado-Intelectuales-Universidad que ha facilitado el reencuentro de la academia con la política, trata de escapar del dilema: intelectual crítico *versus* panegirista o consejero del príncipe, y opta más bien por un concepto abierto de Intelectuales para la Democracia, o de "intelectuales ciudadanos", como diría Chomsky, (ligados ya sea al Estado, a la política o a los movimientos sociales) que piensan que la actividad de diagnóstico de un programa o gestión gubernamental, e incluso la vinculación a una función pública, no presupone la renuncia a una posición contestataria. Se trataría de una perspectiva en la cual no importa exclusivamente el lugar de su actuación (Estado, academia, sociedad...) sino, y de manera decisiva, su función. Porque, contra toda visión esencialista, es preciso reconocer que desde el Estado se

<sup>36)</sup> Tal ha sido el papel de colectivos como la Comisión de Estudios de la Violencia en su informe de 1987, *Colombia: Violencia y Democracia*, o el de la Comisión de Superación de la Violencia, *Pacificar la Paz* (1992), y las otras comisiones posteriores. Véase también de Emilio Tenti Fanfani, "Del intelectual orgánico al analista simbólico", en *Revista de Ciencias Sociales*, No. 1, Universidad Nacional de Quilmes, Buenos Aires, Argentina, 1994, pp. 19-29.

pueden cumplir tareas democratizadoras (en Procuraduría, Consejerías de Paz y de Derechos Humanos), que por lo demás no implican abandono de los quehaceres intelectuales, y a la inversa, desde la insurgencia se pueden alimentar y de hecho se alimentan actitudes, prácticas y visiones despoticas de la sociedad. Sobre la base de este reconocimiento se diversifica enormemente el abanico de posiciones intelectuales.

Lo que realmente sorprende en el caso colombiano es que todas estas variaciones en el papel social de los intelectuales se hayan producido como un deslizamiento natural, sin perturbar sus viejas pertenencias y sin un gran debate entre ellos mismos sobre su devenir en la sociedad colombiana contemporánea, es decir, sobre la resignificación de su intervención política. El intelectual de los noventa adopta en cierto sentido una pose desencantada frente a su mundo circundante, una especie de melancolía más que una definición teórica o ideológica frente a las posibilidades reales o potenciales de cambio de la sociedad.

Así mismo, la nueva visibilidad de los intelectuales se ha producido sin que, desde la fundación de la Escuela Normal Superior hasta hoy, se haya vuelto a plantear seriamente una política de formación, ampliación y renovación de las élites intelectuales que el país requiere afanosamente, máxime en el contexto actual de rápida internacionalización de los saberes y las tecnologías.

El problema queda apenas tímidamente planteado en las recientes misiones de origen estatal: la Misión para la Modernización de la Educación Superior, y la Misión de Ciencia, Educación y Desarrollo.

## ¿QUÉ HACER? CONCLUSIÓN ABIERTA... UN PROBLEMA

Quisiera concluir estas notas exploratorias con una reflexión general.

Es cierto que existe una situación claramente diferenciable de los intelectuales en los diversos contextos nacionales. Para ello podría introducirse una distinción muy simple:

- Hay, primero, países con **formaciones culturales densas**, amplias, cosmopolitas, con tradición, articulación internacional (migraciones, anarquistas, polos culturales), y hasta podría decirse que con intelectuales "excedentes", exportables, tales como México y Brasil.
- Y hay, segundo, países con **formaciones culturales débiles**, reducidas, recientes, muy locales y hasta provincianas, tales como Colombia.

Pues bien, la irrupción de los intelectuales en la política, en lo público, tratándose de los países del primer tipo, es decir, de los de densa formación cultural, expresada en personal científico calificado, títulos universitarios, publicaciones, prestigios adquiridos, tradiciones incorporadas, no hace sino redimensionar la presencia de los mismos en la sociedad global (Cardoso, en Brasil; Octavio Paz en México). Su intervención aparece como una ampliación de su terreno, de su campo de acción. Hay un poder simbólico acumulado y un capital cultural para invertir, reproducir o diversificar sin que se vea afectada la empresa colectiva. Es no sólo el caso del Cono Sur, sino también de México en donde desde los tiempos de la Revolución los intelectuales, pese a su

subordinación a los caudillos militares, primero, o a la ideología del partido oficial después, han operado como un verdadero bloque dentro del poder<sup>37</sup>.

Por eso, también, salvo en el caso argentino, las capas intelectuales tienen una gran capacidad de resistencia a la represión, a las dictaduras, a los regímenes autoritarios. Los intelectuales juegan a menudo papeles decisivos en la defensa de los derechos humanos y en la restauración de los régimen civiles. Hay casos incluso en que, bajo la dictadura misma, los núcleos intelectuales y las redes institucionales logran expandirse (Brasil) y el Estado se ve obligado a negociar algún modo de convivencia con ellos, eventualmente con una simple modificación de los escenarios de acción, por ej., con el traslado de cierto número de intelectuales de los Centros Universitarios a los Centros Independientes. Estos reacomodos conllevan a veces algunas dificultades en el largo plazo. Se trata en efecto de intelectuales que se van de la Universidad a formar Centros, y a producir, a menudo con alta calidad, pero sin el compromiso de formar gente joven y nueva (no hay posgrados), creando así un límite previsible a la reproducción. El momento crítico aquí no es tanto durante la guerra sucia y la dictadura, sino después de ella.

En contraste con lo anterior, la solicitud pública (entendida como vinculación al Estado... a los partidos... a la empresa privada) en los casos de actores sociales y formaciones culturales débiles, e incluso de desestructuración institucional, como Colombia, es bien distinta. La intervención política de los intelectuales en este caso se encuentra atada a una casi insoluble contradicción: por un lado, se hace imperioso salir de la marginalidad y del retiro voluntario o forzoso... Se hace igualmente irrenunciable asumir tareas como la de construcción de Estado, construcción de Nación, construcción de convivencia, construcción de democracia, tareas todas que requieren un largo proceso de maduración de proyectos colectivos.

Contrariamente a lo que sugiere Jorge G. Castañeda<sup>38</sup>, los intelectuales latinoamericanos no montan su protagonismo en el vacío de los partidos y de las organizaciones sociales, sino sobre la proyección de éstas y aquellos. La debilidad orgánica de la sociedad civil va pareja con la debilidad orgánica de las capas intelectuales.

Hasta podría decirse más bien con Hernando Gómez Buendía que los intelectuales se constituyen como tales en lo público. Pero, al mismo tiempo, dada la debilidad del punto de partida ("la delgada corteza de nuestra civilización"<sup>39</sup>), la intervención o el desplaza-

<sup>37</sup> Annick Lempérière, *Intellectuels, Etat e société au Mexique*. Les Clercs de la Nation. Editorial L'Harmattan, París, 1992, pp. 42-50.

<sup>38</sup> Castañeda, Jorge G., "El Intelectual y el Estado en América Latina", en revista *Ciencia Política*, No. 34, Bogotá, I semestre de 1994.

<sup>39</sup> La expresión corresponde al título del texto de Marco Palacios, *La delgada corteza de nuestra civilización*, Procultura, Bogotá, 1986

miento hacia lo público puede resultar autodestructora, suicida, autoanuladora de los pequeños gérmenes intelectuales en formación... de la reproducción. Es un tema que trascendió en la Universidad de los Andes, a partir de la crisis en el CEDE y sobre el cual se ha advertido sin el debate necesario en varios centros de la Universidad Nacional (CID, IEPRI).

En suma, los intelectuales como colectivo que procesa o define las grandes preocupaciones de una sociedad en un momento dado, y en un contexto precario como el nuestro, se realizan y se suprimen simultáneamente en lo público, en la política.

Si se observan estas transformaciones recientes, se estaría aparentemente cerrando el ciclo centenario esbozado en este ensayo, con un reencuentro del

intelectual y la política. Pero, quizás, esta vez se trate de una ilusión. No hay, en efecto, como en el siglo XIX, intercambiabilidad y refuerzo mutuo del rol intelectual y el rol político. Hoy, en Colombia, el desplazamiento a la política y a las funciones públicas equivale casi a asumir la anulación como intelectual. Las urgencias inmediatas de la política parecerían devorar las tareas del largo plazo de los intelectuales.

En este contexto, la principal tarea de los intelectuales hoy no puede ser otra que la de luchar por seguir siendo intelectuales, seguir ejerciendo como actividad principal y permanente la cátedra, la investigación, la producción de cultura, la producción de opinión y desde luego la producción de política, pero no a partir del Estado, sino de la sociedad misma.

